

Artículo en: *La Trama de la Comunicación*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Volumen 7, Facultad de Ciencia Política y RRII, Laborde Editora, Rosario, 2002. ISBN 987-9459-28-8. Págs. 191/196.

FRAGMENTACION URBANA Y GLOBALIZACION

Sandra Valdetaro

La complejidad de lo urbano se manifiesta cotidianamente en una multiplicidad de usos no reglamentados, huidizos, que parecieran sustraerse a cualquier tipo de historia. La velocidad de los cambios imprime una cierta fugacidad en las prácticas que sin embargo se consolida alrededor de un sinnúmero de rituales en continuo estado de negociación. Es que las ciudades imaginarias que componen la ciudad real se resisten a la marcación simbólica de una identidad pretendidamente unívoca. No pudo la Modernidad, ni siquiera en sus comienzos, realizar con éxito esta operación de “marcación” de su propio destino. Siempre quebrada, nunca reconciliada, esta realidad fascinada de sí misma de lo urbano-moderno inscribe en la experiencia un distanciamiento subjetivo cercano, se nos ocurre, al éxtasis estético.

Qué otra cosa pueden sugerirnos los interminables sollozos baudelaireanos de sus amores a última vista en la ondulante multitud parisina; o aquella mirada distante, vidriada, del hombre de la multitud de Poe; o el pánico de Engels ante un Londres ya en su tiempo exageradamente moderno. Tampoco las utopías urbanas de Owen, de Fourier, o incluso de Le Corbusier, logran suturar una realidad que desde su determinación material contesta, y desmarca, todo proyecto “alternativo”. Es que la experiencia urbana se constituye y se despliega como un estado agónico que no se resuelve. La enfermedad que supone esa ciudad real parece no tener cura. Todo proyecto urbanístico supone esta tensión, solo resuelta, ocasionalmente, e idealmente, por y a través de la tecnología. Parece ésta, por momentos, llamada a ejercer una tarea ejemplar: consumir, por fin, aquella “promesa incumplida”.

Pero la tecnología produce una serie de efectos cuya efectividad no resulta fácil de prever. Los hombres parecen diseñar mundos que escapan a la estrategia planificadora, aunque sus usos sí supongan el uso efectivo de, y la práctica con, la tecnología. Pero nunca es ese hábitat idealizado, progresista, de bienestar general, de las utopías urbanas. Desde la representación maquinista-industrial de la ciudad, hasta su representación global-virtual, la legitimación del entramado tecno-científico de lo urbano es sin dudas un dato real de la ciudad, si bien cada uno de estos dispositivos generó -y sigue generando- siempre nuevos modos de inclusiones y exclusiones. Es en la propia constitución de la ciudad donde podemos encontrar estos quiebres; su emerger está definitivamente marcado por su oposición a la vida rural, oposición que se constituye entonces en marca de origen. No fue posible recuperar desde entonces ese aspecto comunitario, primario, de la vida, pues la ciudad es, desde siempre, el lugar de la fragmentación, de la multiplicidad que libera dolorosamente, de la emergencia de lo siempre nuevo; es lo moderno por excelencia.

Tal idealización de la oposición campo-ciudad, aunque extremadamente descriptiva y superficial, informa, sin embargo, nuestro imaginario. A pesar de los múltiples y complejos entrecruzamientos, tanto estructurales como prácticos, entre vida rural y vida urbana, sigue siendo la vuelta al campo una representación utópica de funciones reparadoras. Qué otra cosa expresan nuestros acicalados countries actuales sino un deseo de tabicamiento, de resguardo; un horizonte de murallas más allá de los confines amenazantes del entramado urbano. Una más entre las numerosas estrategias de re-feudalización que cotidianamente expresan nuestras tácticas de supervivencia. Es que no es sólo la ciudad un dispositivo económico que reasegure la reproducción, ni tampoco simplemente una demarcación geográfico-espacial; es, principalmente, un *escenario de significación*, una puesta en escena del lenguaje tensionado por los distintos modos de expresar, de hablar la ciudad, esto es, por los distintos modos del *habitar*. No otra cosa puede suceder en el marco de estos siempre crecientes conglomerados humanos de millones de habitantes; su radical heterogeneidad transversaliza todos los mundos, desde el primero hasta el último, y desde, por lo menos, 1492. Las fechas de la globalización no son recientes, y aunque siempre podamos refechar inicios particulares, específicos, determinados, no es, sin dudas, la globalización, un fenómeno reciente. Es, nuevamente, específicamente moderno.

Fragmentación y globalización, he aquí la dualidad constitutiva del proyecto urbano moderno.

La ciudad global actual es también dual. Su globalización no implica homogeneización, sino todo lo contrario; es en la heterogeneidad de su multiculturalismo, en la superposición de las diferencias, donde define su globalidad. Lo que es global en la ciudad actual es justamente su heterogeneidad, sus localismos, sus tabicamientos, sus cada vez más particularizados trayectos y recorridos. ¿Cuántas ciudades hay en la ciudad real?. No se necesita solo una frondosa imaginación sociológica para contestar esta pregunta, sino también una imaginación geógrafa, espacial, urbanística. ¿Cómo conciliar, por ejemplo, los proyectos de descentralización y re-centralización urbanos si no es apelando a la imaginación teórica?. Hace ya tiempo produjo la industrialización la desvalorización de los centros históricos expandiendo la ciudad como una mancha de aceite pero, aunque crecientemente difuminado, ese valor político del centro, típico del proyecto moderno, mantenía su simbolismo. En la actualidad parece haber perdido la industrialización su dinámica reproductora, y con ello sus típicos centros. Las decisiones dependen hoy del entramado virtual, digitalizado, de los centros informacionales-financieros. Y no es que ello haga desaparecer los centros, pero sí que propone otros, y no sólo simbólicamente, sino material, física, geográficamente; aunque dicha materialidad se exprese también en su virtualidad. Nuevos centros geográficos y virtuales, locales y globales a la vez, que derivan en efectos concretos, físicos, en el diseño urbano, y que a la vez se expanden en el éter de la comunicación mundial de la decisión, vía fax, módem y autopista de la información.

Que los procesos de reestructuración de la economía global plantean un rediseño de los espacios urbanos, y que ello conlleva a una reflexión sobre los efectos de las tendencias de globalización confrontadas a la recuperación de los localismos, es ya un lugar común. La ciudad fracturada del capitalismo global requiere, como decíamos, nuevos centros. No ya obviamente la típica imagen del centro comercial-empresario próximo a los clientes de la etapa fordista. La ciudad en red no necesita de esta cercanía horizontal y contigua, pero sí depende fuertemente de la cercanía entre empresas y centros informáticos avanzados (cfr. Ciccolella). La dialéctica entre centralización y descentralización en los procesos de

remetropolización actuales parecen depender fundamentalmente de la localización de los servicios de información y comunicación. Y aunque las relaciones emergentes se caracterizan más como una especie de redes y flujos verticales y piramidales, la localización física de estos emplazamientos en ciertas áreas metropolitanas parecen mantener relaciones de horizontalidad y contigüidad entre, por ejemplo, áreas de servicios especializadas e “inteligentes”, empresas, y centros de consumo y ocio. Nuevos “centros” que no coinciden necesariamente con los antiguos centros urbanos tradicionales generan un diseño del espacio público que hace emerger nuevos regímenes de visibilidad de la ciudad.

A la innumerable lista de efectos negativos de esta “morfología policéntrica” (Cfr. Ciccolella) expuesta en diversos textos sobre el tema, podríamos agregar, en un tono un tanto más positivo, la recuperación para la ciudad, y la integración en ella, de espacios que tradicionalmente se encontraban ocultos, con lo cual la ciudad no produce, claro está, movimientos de inclusión y democratización estructurales, pero sí posibilidades de redimensionamiento no solo del mercado de tierras urbanas de zonas antes degradadas (con la consecuente movilización de toda una serie de factores económicos), sino también una especie de expansión de la imagen de ciudad y una tendencia a la democratización de los usos, prácticas y consumos del espacio público.

Dichos procesos de redimensionamiento del espacio público urbano, si bien generados desde la lógica de la globalización económica transnacional, producen sin embargo, en muchos casos, una escala visual del escenario urbano que hasta entonces, y en el marco de modelos típicamente modernos, se mantenía extramuros. Simultáneamente a una profundización de los procesos de exclusión social y fragmentación territorial, se desarrolla una especialización funcional que relocaliza y recentraliza la antigua ciudad. Los “nuevos objetos urbanos” (cfr. Ciccolella) ligados a nuevas formas de producción industrial y de consumo, como shopping-centers, hipermercados, grandes centros de entretenimiento, más las nuevas formas residenciales (countries, barrios cerrados, etc), y los procesos llamados de *gentrification* (desplazamiento físico de sectores populares de áreas centrales de la ciudad para ser reincorporadas como espacio residencial, de esparcimiento o consumo de sectores medios y medios-altos) imponen no sólo novedosos patrones estéticos, sino

también nuevas morfologías y trazados urbanos. Que los efectos de tales intervenciones sean visualizados simplemente como modelos de extranjerización de nuestras realidades urbanas es un argumento, aunque “políticamente correcto”, demasiado simplista. Es verdad que la lógica de las decisiones sobre las intervenciones urbanas depende cada vez más de esferas supranacionales, y que las tradicionales formas de exclusión de la etapa fordista tienden a profundizarse (por ejemplo, aumento de asentamientos precarios y agravamiento del deterioro de áreas centrales tradicionales), pero es simplista reducir estos problemas a un simple efecto de la lógica de la globalización. En realidad, como decíamos más arriba, lo que constituye el centro de la cuestión parece ser la articulación entre la lógica de lo global y la de lo local. No es que las decisiones, entonces, por tener un origen externo a la propia ciudad generen esos efectos, sino que el problema está en visualizar como externas decisiones cuyo color “local” aparece claramente ante una mirada más atenta. En esta especial imbricación, en esta complicidad entre lo local y lo global parece residir la lógica de lo actual. Y lo mismo podemos decir con respecto a los principales actores sociales involucrados en estos modelos. Que en la etapa fordista, caracterizada por los procesos de industrialización y por políticas intervencionistas por parte del Estado, el sujeto social involucrado haya sido el de los sectores populares, y que en el actual modelo post-fordista de acumulación flexible y de política neo-liberal lo sean los sectores medios, medios-altos y altos, no es algo que pueda derivarse directamente de las tendencias globalizantes y la extranjerización de las políticas, sino, en todo caso, de las modalidades de decisión que los agentes locales diseñan. En tal sentido, la añorada pérdida de referencias identitarias locales por la emergencia de un escenario urbano con características similares a cualquier otro del planeta, no parece ser pura responsabilidad de los procesos de globalización. Habría que preguntarse, en relación con ello, sobre el complejo proceso de constitución y conformación de identidades. Nuestra argumentación nos sitúa en un punto en el cual sostenemos que la Modernidad, como proyecto general, no pudo resolver, en lo que va de su experiencia, este problema. La dualidad entre globalización y fragmentación es constitutiva, estructural a ella, y estos últimos procesos parecen simplemente exacerbar esa tensión de origen.

Varias ciudades residuales y emergentes cohabitan en la ciudad real, y la hegemonía de alguna de ellas no termina de resolverse; la hegemonía es solo un espacio simbólico de

lucha que no logra suturarse, un movimiento dinámico siempre fluctuante, agónico por excelencia. No es posible una convergencia sintetizadora entre tradiciones locales, barriales, comunitarias, por un lado, culturas urbanas tardomodernas por otro lado, y procesos transgeográficos y globales por otro. No es posible, queremos decir, la *hibridez*. *La ciudad no es híbrida*, porque ello supondría una mixtura que se resuelve en una nueva, siempre posible, síntesis. Al contrario, todo ello convive en un espacio siempre tensionado, yuxtapuesto, superpuesto, una especie de “tercer espacio” (Cfr. Bhabha) caracterizado por la *diversidad*. Es posible hablar, entonces, distintas lenguas al mismo tiempo en la ciudad, pero manteniendo la especificidad de cada cual. La identidad es solo, entonces, un espacio vacío, una estrategia discursiva evanescente a la cual no es posible referenciar y cuyo valor político es sólo retórico. Que los hombres tiendan a juntarse, a interactuar, a vivir aglomerados, en contacto, a ganar el desierto y con ello la inconmensurabilidad de la existencia; que los hombres crean que hay algo del orden de lo redimible en la vida en comunidad; que los hombres, en fin, produzcan “ciudades” físicas e imaginarias, literarias y reales, materiales y virtuales, ausentes y presentes, dramáticas y felices, no es el comienzo de una solución, sino que es el comienzo del planteo de un problema. Y tal problema no ha encontrado aun solución. No poco que ver con ello tiene el hecho de que la naturaleza de la ciudad es eminentemente procesual, práxica, agónica. Su diversidad no se resuelve en hegemonías por decreto; se encuentra siempre interrogada desde estas diversas lenguas. Su dualidad es constitutiva y su imagen siempre troceada, seccionada, escindida.

El imaginario que de la ciudad tenemos no se asienta solo en nuestra experiencia personal; es posible trazar una línea de continuidad entre la conformación de nuestro imaginario en tanto sujetos individuales con los imaginarios grupales, comunitarios, geográficos, históricos, patrimoniales, ficcionales, tradicionales y modernos de nuestra experiencia social. Hay un punto entre lo visible y lo invisible de la experiencia urbana que sin dudas guarda relaciones con los procesos de identificación -y no ya de identidad- como sujetos en tanto sujetos urbanos. La naturaleza de tales procesos de identificación refiere a microsituaciones emplazadas en distintos episodios urbanos, siempre intersticiales, nunca globales y centrados. Se nutre de la apropiación del territorio más cercano del barrio, la profesión o el ocio; refiere a recorridos privados dentro de lo público, a cierta apropiación

cotidiana, rutinaria, del espacio; se articula activamente en la memoria con retazos de gestas, crisis y revoluciones en el marco del patrimonio histórico, del monumento cívico, del ornamento arquitectónico.

La ciudad se mantiene caleidoscópicamente viva en las miles de comunidades imaginarias, pero nunca es un espejo fidedigno; la experiencia en ella no actualiza una identidad global y centrada, sino más bien una especie de señalética heterogénea y sumamente activa que procede por inferencia analógica y abductiva a partir de una acumulación siempre cambiante de retazos de historia social y personal. La ciudad es de naturaleza *táctil*, y el modo de estar en ella es *táctico*, puntual, episódico. Va desplegando un movimiento que tiende, cada vez, a desmarcar las previsiones de las estrategias planificadoras, y que dispone a otros usos, otras prácticas.

La ciudad se experimenta en esos ocasionales encuentros con la *diferencia*, y es en la vivencia de la *alteridad*, en la emergencia de lo *incidental* en el recorrido habitual, donde encuentra su pulso, donde su ritmo se incorpora como dato existencial. Es este aspecto, tal vez, la promesa que nos tiene reservada la ciudad. En su propia dualidad, en la coexistencia de sus antagonismos, en el encuentro con la diferencia, parece residir toda su potencia.

Más allá de la existencia normatizada por la muchedumbre, la ciudad puede, como el arte, por el contacto con la alteridad, por el shock perceptivo que implica, posicionarnos como espectadores activos, implicados, conscientes de la propia contingencia. Su potencialidad descansa en esta dualidad estructural, en el descentramiento radical que implica su experiencia.

La ciudad sigue siendo, en síntesis, una *utopía*.-

Bibliografía:

- Ciccolella, P., *Grandes Inversiones y Dinámicas Metropolitanas. Buenos Aires: Ciudad global o Ciudad dual del siglo XXI?*, presentado en el Seminario de Investigación Urbana “El Nuevo Milenio y lo Urbano”, UBA, UNQ, UNGS, Noviembre de 1998. Tomado de la selección de textos del Módulo 2 “Construcción y Gestión de la ciudad”, a cargo de Nora Clichevsky de la Maestría en Hábitat y Vivienda edición 2000-2001, UNMdelP y UNR.

- Harvey, D., *URBANISMO Y DESIGUALDAD SOCIAL*, Siglo XXI, Madrid, 1977.

- García Canclini, N., *IMAGINARIOS URBANOS*, Eudeba, Bs As, 1997.

- VvAa, *CIUDAD Y UTOPIA*, Introducción y selección de textos a cargo de Alberto Sato, Centro Editor de América Latina, Bs As, 1978.

- Bhabha, H., *THE LOCATION OF CULTURE*, Routledge, London and New York, 1994.